

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

MADRID

CALLE DE QUEVEDO, 7

REVISTA LEGISLATIVA

Cómo se pierde un recurso.

Sobre nuestra mesa de trabajo, y al lado de las cuartillas que emborronamos, tenemos un ejemplar del *Boletín Oficial*, del Ministerio de Instrucción pública, correspondiente al día 13 del actual, en el que se inserta una Real orden fechada en 6 del pasado agosto resolviendo, en sentido negativo, un recurso de alzada interpuesto contra orden de la Dirección general.

La desestimación de un recurso de esta clase, no parece, a primera vista, que sea materia importante para un artículo; son muchas las resoluciones de las que los interesados recurren, y de ellas, la mayoría son confirmadas, previos los dictámenes o informes del Consejo de Instrucción pública o de la Asesoría jurídica.

Lo importante en el recurso aludido es que se pierde sin discutir la cuestión fundamental, sin entrar en ella siquiera, y queda firme la resolución anterior por haber olvidado el Maestro recurrente que hay un plazo breve para la interposición de esta clase de alzadas.

Así, el primer párrafo de la parte dispositiva de la mencionada Real orden dice así:

«Que se declare perdido el recurso de alzada del Sr. G. R., como interpuesto fuera del plazo legal, quedando, en su consecuencia, firme el acuerdo de la Dirección general de Primera enseñanza de fecha 23 de marzo último, que le obligó al reintegro de haberes indebidamente percibidos».

Como es muy lamentable que por olvido o por desconocimiento de la legislación vigente se llegue a casos como el que nos ocupa, donde los argumentos invocados por el recurrente para nada sirven ni se tienen en cuenta, y como, por otra parte, el Reglamen-

to de procedimiento administrativo y régimen interior del Ministerio de Instrucción pública (al que han de acomodar sus actos los funcionarios) es poco conocido de los Maestros, ya que forma parte de la legislación general del ramo y no de la particular del Cuerpo del Magisterio nacional primario, entendemos que es oportuno reproducir aquí, con motivo de la resolución que comentamos, los artículos de ese Reglamento que tratan de los recursos administrativos.

Dicen así:

«Art. 84. Los recursos sólo serán de dos clases: de alzada y de queja.

Art. 85. Procederá el primero ante (el Subsecretario) y Directores generales como delegados del Ministro, contra las resoluciones de las autoridades provinciales o de los Jefes de Sección del Ministerio.

Art. 86. Contra las resoluciones del (Subsecretario) y Directores generales, dictadas en uso de sus facultades propias, cabe el recurso de alzada ante el Ministro.

Art. 87. Las resoluciones dictadas por el (Subsecretario) y Directores generales, como delegados del Ministro, y las de éste son definitivas y sólo pueden ser impugnadas en vía contenciosa ante la Sala tercera del Tribunal Supremo.

Art. 88. El plazo para establecer recurso de alzada será, en todo caso, el de quince días, a contar de la notificación.

Art. 89. El recurso de queja podrá establecerse en cualquier estado en que el expediente se halle, y sólo tendrá su base en faltas de tramitación subsanables» (1).

(1) Este Reglamento, aprobado por Real decreto de 30 de diciembre de 1918, puede leerse íntegro en las páginas 782 y siguientes del «Diccionario de Legislación», de Ascarza (tercera edición, 1924).

El Maestro que perdió el recurso que motiva este artículo, olvidó dos preceptos importantes, según la resolución que tenemos a la vista. Dirigió su escrito «improcedentemente al propio Director general, contra quien pretende alzarse, en vez de plantearlo ante el Sr. Ministro como correspondía» (artículo 86 del citado Reglamento). Además, el acuerdo recurrido le fué notificado, según consta en el expediente, «con fecha 6 de abril, apareciendo firmado el escrito de recurso el 25 del mismo mes y entrado en la Sección administrativa al día siguiente 26, esto es, después de transcurrido el plazo reglamentario» (artículo 88 antes copiado).

De lo expuesto deben deducir nuestros compañeros una lección provechosa a todos

y aplicable cuando alguno no se encuentre conforme con el acuerdo adoptado por las autoridades provinciales o por el Director general de Primera enseñanza en expediente en el que resulte personalmente interesado el Maestro, ya por haberse incoado a instancia suya o por otra causa. Debe alzarse el recurrente ante la autoridad inmediata superior y dentro del plazo de quince días, a contar desde que se le notifica el acuerdo.

Y no debe olvidarse, por último, en materia de recursos, que contra las resoluciones del Ministro manifestadas siempre de Real orden, no hay alzada posible en vía administrativa y ha de recurrirse ante la Sala de lo Contencioso-administrativo del Tribunal Supremo.

A P U N T E S

Prologo.

No somos pródigos en escribir artículos periodísticos.

Tomamos la pluma, casi siempre, en sentido impersonal, y con el pensamiento puesto en el bien de la enseñanza, por amor a la patria y al mejoramiento humano. Lo hacemos sin pretensiones de transcendencia, que no caben; con un vago presentimiento de que nuestras voces se perderán en el vacío; pero, por el impulso que nos acosa desde el fondo de nuestra alma, cuando no hemos encontrado quien haya expuesto nuestros pensamientos, sintiendo como que delinquimos si no aportamos ideas de verdad y justicia que creemos de necesaria conveniencia, con la esperanza de que, si son dignas de aprecio, otras las acojan, las eleven, las difundan e impongan. Por ello quisiéramos abarcar, en pocas líneas, muchas cosas, deseando descargarnos pronto y lo más completamente posible de tal presión espiritual sobre la conciencia, el corazón y el entendimiento. He aquí por lo que elegimos este título principal arriba de todos los presentes renglones, el cual acusa un contenido genérico, diverso, amplio, breve y sintético.

Las Juntas locales de Primera enseñanza.

Se aumentan sus atribuciones. Aun con estas nuevas concesiones, las Juntas locales actuales, de las que forma parte una repre-

sentación del Magisterio, reducida a la impotencia, tienen por casi único y principal objeto el fomento de la enseñanza, y de extenso campo disponen para desarrollar su cometido satisfactoriamente. Pero no profesando, en general, devoción por la Escuela, según demuestra la realidad, ordinariamente pretenden facultades restrictivas y policíacas, con miras personales y partidistas.

El cura, el médico y todos los funcionarios del Estado, de cierta importancia, son dignos de la confianza del Poder. El Maestro ha de tener una Junta que lo vigile. ¡Y su labor es interna, de abnegación, nace del entusiasmo íntimo, del amor propio! Hemos sostenido siempre que la Escuela no puede quedar aislada de la vida social, que pedimos y reconocemos una intervención en aquélla a los padres y a los organismos públicos locales, pero reservada a los asuntos exteriores, a la protección y fomento de la misma, cual ocurre en actos de Sanidad, de Religión, de Justicia, de Enseñanza en sus grados secundario y superior, donde la autoridad radica en el médico, en el sacerdote, en el magistrado y en el catedrático. «Tenemos confianza en los hombres y aparecerá lo bueno que hay en ellos», dijo Smiles.

Se ha impedido la selección anhelada del personal docente y todavía no vienen al Magisterio de Primera enseñanza valores que se malogran en otras profesiones. Aun así, robustezcamos su autoridad; que un Ayuntamiento o Junta de Instrucción primaria se empeñe en proteger la Escuela estimulando al Maestro, a los discípulos, proporcionando los recursos mejores, y veremos al Maestro

sacrificado hasta rendir el máximo de su esfuerzo.

Mas, aumentarles a las entidades que criticamos ciertos derechos cuando no pueden cumplir sus elementales deberes, ni han demostrado su amor y respeto hacia la obra educativa, a pesar de tantas demandas, nos parecería incomprensible.

Maestros, Escuelas, medios, organización adecuados es lo que se precisa. Maestros de fe y condiciones, hechos en Normales transformadas, que no tengan que preocuparse ni del sostenimiento de su vida material, ni del amargor de la humillación, y que en nada sean inferiores a otros funcionarios del Estado, que importan menos a la formación integral de la nación.

Títulos.

La Real orden de convocatoria a las oposiciones restringidas establece que se computará por un punto el título de Maestro elemental; por dos, cada uno de los de Bachiller, Maestro superior o Maestro nacional; por tres, los de Licenciados de Facultad, Normal o cualquier otro académico, y por cinco, los de Doctor.

Se ha querido premiar la cultura, cualquiera que sea, de los candidatos. Franklin decía: «No ser muchas cosas, sino una sola y

bien. Que cada cual siguiera el oficio a que su vocación le lleva y después aplíquese a él, tenazmente, si quiere alcanzar éxito». «La concentración es la clave de nuestra época», ha escrito Marden. El químico norteamericano Henry, exclamaba: «Para abrir brecha es necesario asestar el arma continuamente a un mismo punto». Es indudable que el progreso se debe a los especialistas. Quien divide sus energías por diversos campos, difícilmente descollará en alguno. Los Maestros españoles que hoy ostentan méritos mayores y unánimemente reconocidos: Solana, Virgilio Hueso, Angel Llorca, Siurot, Martí Alpera, etcétera, son Maestros, y nada más que Maestros. Con tristeza sabemos de quienes no bien pueden ostentar cualquier título con que encubrir el de Maestro, se apartan de su misión aunque la ejerzan y sigan viviendo por la Escuela. Los pedagogos de todos los tiempos concentraron sus actividades estudiando la Escuela, el niño, la didáctica de las asignaturas, para lograr el arte y las esencias científicas y vitales. Igual ocurre en las demás profesiones y, hasta dentro de ellas, hay que dedicarse a una determinada rama de conocimientos, para ser posibles el dominio y la relativa perfección.

JOSÉ MARTOS

PAULINO UZCUDUN

Su vida; sus grandes triunfos y su porvenir, por *Anjuón*

Bajo el seudónimo de Anjuón se oculta una personalidad popularísima entre el Magisterio, al que su inquietud eterna le lleva al periodismo, a los viajes, al foro, a la novela y, finalmente, a recopilar en este libro, paso a paso, desde la Escuela al campeonato de Europa en boxeo, la vida del popular leñador de Régil, hoy discutido y admirado en todo el mundo.

UN TOMO DE 102 PAGINAS, 1,50 PESETAS

DIDACTICA

DESARROLLO DE UNA LECCION DE COSAS

EL ALFILER

Introducción.—Vamos a aprovechar unos minutos, dice el Maestro, para estudiar una cosa muy pequeña, pero de grande utilidad: un alfiler.

Toma el Maestro el clarión y bosqueja, más bien que dibuja, un alfiler en el encerado, y a continuación escribe con letra clara, legible desde toda la clase, esta palabra: *Un alfiler.*

Mostrando entonces el Maestro un alfiler entre los dedos, y paseando entre los niños, va preguntando alternativamente, a uno y a otro, con la mirada, casi siempre sin nombrarlos, para hacer la atención más obligada y segura.

Diálogo.—¿Qué es esto que tengo en mi mano?

—Un alfiler.

—¿De qué color es?

—Es de color blanco.

—¿Blanco como este pedazo de clarión con que he escrito su nombre en el encerado?

—No, señor; el alfiler es menos blanco que el yeso.

—Voy a poner el yeso y el alfiler en este rayo de sol que entra por la ventana, y observad. ¿Qué diferencia se nota?

—Que el alfiler brilla, pero no el clarión.

—¿Cómo llamamos a los objetos que brillan?

—Los llamamos brillantes.

—Entonces, ¿qué podemos decir del alfiler?

—Podemos decir que el alfiler es brillante.

—¿Podemos llamar brillante al yeso?

—No, señor; porque el yeso no brilla.

—Nombradme algún otro cuerpo brillante.

Varios niños dicen: un pedazo de vidrio, el cristal de esa ventana, el timbre, los botones de metal...

—¿Qué veis que estoy haciendo?

—Está usted rayando la barra de clarión con el alfiler que tiene en la otra mano.

—Cuando un cuerpo raya a otro es más duro que él, por consiguiente...

—El alfiler es más duro que el clarión.

—Toca, Luis, la lija de mi caja de cerillas

y pasa la mano por el alfiler, ¿qué diferencia notas?

—La lija es áspera; el alfiler, liso.

—Fijáos ahora en lo que hago.

—Ha clavado usted en el encerado el alfiler.

—¿Por dónde?

—Lo ha clavado por la punta.

—¿Cuántas puntas tiene el alfiler?

—El alfiler sólo tiene una punta.

—¿Pues no tiene dos extremos?

—Sí, señor; pero el extremo opuesto a la punta del alfiler es la cabeza.

—¿Podría haber clavado el alfiler por la cabeza?

—No, señor; porque la cabeza es redonda.

—Y la punta, ¿cómo es?

—La punta del alfiler es aguda para que pueda fácilmente penetrar donde queramos clavarle.

—¿Qué sucedería si el alfiler no tuviera cabeza?

—Que no serviría para el caso.

—¿Pues para qué sirve el alfiler?

—El alfiler sirve para mantener unidas provisionalmente algunas prendas de ropa, para prender cortinas, telas, flores y otras muchas cosas, y sin la cabeza no podría prestarse el alfiler para estos usos.

—¿Qué clase de línea forma un alfiler?

—Un alfiler forma una línea recta.

—¿Siempre?

—Siempre no, señor; porque algunas veces se arquea y hasta puede formar un ángulo.

—¿Y qué decimos entonces del alfiler?

—Decimos que el alfiler se dobla.

—¿De qué materia es el alfiler?

—El alfiler es de metal.

—¿Y quién lo hace?

—El hombre; un obrero.

—Pues si no se encuentra en la Naturaleza, ¿qué diremos que es el alfiler?

—Diremos que el alfiler es artificial.

—Habéis contestado bien a mis preguntas. Ahora, para concluir, os diré que no hay un oficio especial que tenga por objeto proveernos de alfileres. Los alfileres se hacen en grandes fábricas, mediante aparatos especiales, y se producen por millones. A eso se debe su baratura.

pre de su sugestión. La prueba estaba en que antes de aparecer la maestra, Leonardo, con más o menos ilusión, estaba dispuesto a casarse con Pura. Pero lo mismo fué comenzar a tratar a la otra en aquellas malditas lecciones de la casona, que prenderse de ella como un idiota, y ella, la gata, mujer de experiencia y de mundo, pese a su juventud, bien supo apresarle entre sus uñas. No era de esperar que le soltase... Era pleito perdido éste...

Salvador se pasaba las noches sin dormir, combinando planes y forjando proyectos monstruosos en la fragua de su imaginación, proyectos absurdos e irrealizables. Vigilaba a la maestra tan estrechamente, que todos sus pasos le eran conocidos, y así llegó hasta el extremo de fiscalizar en casa del cartero toda su correspondencia; y así fué también cómo pasó por sus manos la carta en que Julieta exponía al inspector la necesidad de clausurar la escuela, en vista de los casos de sarampión que se habían presentado en la aldea y el estado ruinoso del techo.

Salvador tuvo una idea diabólica... Cogió la carta y la deslizó, clandestinamente, en su bolsillo, con la mayor tranquilidad, y así fué, cómo en lugar de llegar a manos del probo funcionario, durmió la misma escondidamente en cierto cajón, donde el reyuelo guardaba sus papeles.

Y quiso el diablo, que todo lo enreda, que al ver la maestra que el inspector retrasaba la respuesta más de lo debido, y que la epidemia seguía su curso en progresión creciente, se le ocurriese, de acuerdo con Leonardo, y guiada por su buena fe, cerrar en definitiva la escuela mientras venía o no ve-

CAPITULO XXVII

La voz del pueblo

EL despacho era feo y mezquino; la luz apenas le entraba por un balcón antepecho que caía sobre una calle estrecha, sucia y triste. Además la obstruían un estor barato con bordados de tul y trencilla y unas cortinas de yute rameado y descolorido. Las paredes estaban empapeladas con un papel obscuro, de tonos castaños con rayitas doradas. Una estantería de pino, atestada de libretos y legajos, daba fe de la cultura que poseía el dueño del despacho, que parecía ser uno de estos hombres prácticos, desdeñadores de la forma, que van derechos al fondo de las cosas y de los asuntos.

Dos oleografías de asuntos históricos adornaban un lienzo de pared encerradas en sencillos marcos de nogal; encima de una mesita, una magnífica máquina de escribir «Royal» mostraba en el rodillo una cuartilla a medio componer. A su alrededor, y revueltos y amontonados, aparecían cuartillas y papeles, borradores de oficios y expedientes.

Sentado en un sillón de rejilla giratorio cabe la apollillada mesa de escribir, el Inspector de Primera enseñanza D. Abilio Ortuño quitaba lentamente las

nía la autorización del jefe, quien tal vez no contestaba porque estaba al caer su visita ordinaria, que solía efectuar anualmente. La decisión encajaba, además, en el molde de las leyes.

Después de este paso, todo marchó como una seda; las niñas jugaban hasta rendirse, y la maestra, para no descansar, preparaba los papeles para la próxima velada teatral. La epidemia se estacionaba, prometiendo acabar en breve, merced a los cuidados, inteligentes y acertadísimos, del competente médico... Y, entre tanto, la tempestad se formaba sobre la cabeza de Julieta Alonso de Espinal...

¿Cómo brotan en el ambiente idílico, sencillito, de los pueblos, esas calumnias horribles, fraguadas por la más refinada maldad de los hombres?... Entre flores, bajo la caricia de oro del sol, cobijados por el palio purísimo de los cielos que hablan de beatitud, de desprendimientos terrenales, de ideales serenos y de grandezas augustas, ¿cómo es posible que haya cerebros pervertidos que conciben la idea infamante y corazones viles que la cobijen en su santuario y lenguas de infierno que la repitan con el malsano placer de causar mal?

Toda la baba impura y asquerosa de un alma gobernadada por la soberbia y por el deseo de venganza chorreó de unos labios, sin que a detener el torrente de desprestigio fueran suficientes la juventud casta y dulce de Julieta Alonso de Espinal, ni su vida de abnegaciones y sacrificios, ni la desgracia que debió haberla hecho sagrada e intangible para toda lengua curtida en la honradez... ¿De dónde salió el primer chispazo?

—¿No sabes?

¡un crío que aún no había servido al Rey!.. Pero, pensando cuerdamente, ¿quién había de sospechar en el pueblo, ni en la contornada, que un hombre de su peso y su probidad fuese a patrocinar, cuanto menos a aconsejar una barrabasada semejante?... Se echó a reír pensando en la rabieta que iba a coger Salvador cuando se enterara...

—No están en Alcoy, pensó, sino en Muro, en casa de mi hermana Chima, y allá me voy deseguida, antes que Salvador lo huela y se presente allí, les de un susto y me los atropelle...

Así dijo a su mujer, toda atribulada y medrosisca, y a Gonzalo Páez, que se reía para sus adentros de la decisión expeditiva de los mozuelos.

Y a la misma hora que Salvador, bajo un sol de justicia, salía dispuesto a hacer y a acontecer en la persona de los prófugos, renegando de la falta de civilización y de progreso, y añorando la carretera que no tenía Benibarber por culpa única de él, su cacique y su negrero, y el cuartel de la Guardia civil y el teléfono, de los que carecían por idénticas razones, salía también Batiste a buen paso de una andariega mula, por otro camino diferente.

La Anastasia fué rezongando a la casona, dando gracias al santo de su especial devoción, por haber salido del negocio mejor librada de lo que presumía. Y Toneta se daba buena prisa en colgar el espolgador y arrimar la escoba para coger un cántaro e irse a comentar a la fuente el famoso acontecimiento.

—¡Muy rebién hechol... ¡Así!... No quería que se casaran, ¿eh?... Pues ya veremos ahora si se casan o no...

los puños hasta desgarrarse con las uñas las palmas de las manos... pero no dijo nada. La Anastacia, que había visto en la mirada fosca el rayo de la ira encenderse y apagarse casi a un tiempo, respiró un poco. Conocía bien a Salvador y sabía que pasado el pronto, la impresión primera, no era temible más que a medias.

—A la grupa van camino de Alcoy. Seguramente que se alargan a Alicante o a Valencia.

—¡La yegua... Toneta... que ensille Peret la yegua!—vociferó, dando una tremenda patada a una silla próxima.

Toneta acudió nerviosilla y azarada.

—La yegua no está en casa, señor amo; se la llevó hará cosa de un cuarto de hora D. Leonardo, que ha ido a Pedrosa. Hoy le toca la visita.

—¡Pues pide un macho; pero un macho de buen andar!

—¿A quién?

—¡Al demonio!—rugió, dando otra patada a la silla tumbada en el suelo.

—Iré a casa del tío Meregildo, ¿no?

—¡A escape!

A la misma hora que esta violenta escena tenía lugar en casa de Salvador, Batiste de la Morera se enteraba, por el peatón que iba a llevar la correspondencia a Gonzalo Páez, del viajecito de recreo que habían emprendido Pura y Nelet. De un salto se plantó en la cuadra; efectivamente, faltaba el macho bayo, honra de Benibarber por lo andarín, por lo noble y por lo lustroso. Por un instante se indignó creyendo que tal vez le creyesen autor de la chiquillada que acababa de cometer su hijo...

—¿Qué hay?

—Dicen...

¡Ese «dicen», anónimo y cobarde, bajo cuya capa de traición se han desgarrado la honra y la felicidad de tantas personas.

—¿Qué?

—Dicen... que ya dos noches... a la una o las dos de la madrugada, un hombre se descuelga del balcón de la maestra...

Así corrió la especie. ¿Quién era él? Tampoco se averiguaba. Sonaban dos o tres nombres, que eran al instante rechazados por absurdos. Al principio, la gente oía la calumnia con los ojos dilatados por el asombro, protestando con indignación; después, el cerebro se hacía a la idea, y el corazón siempre propenso al mal, aceptaba la sospecha para convertirla más tarde en certidumbre.

Y así, el nombre inmaculado de Julieta Alonso de Espinal fué pasto de las lenguas viperinas en aquel pueblo, donde debieron haber besado las huellas de sus pies; y, como siempre, los más allegados a ella y ella misma, estuvieron viviendo entre la polvareda y el humo del escándalo, sin aperturarse de él, escudados como estaban con la perfecta limpieza de su ser interior y la tranquilidad imperturbable de la conciencia en calma... El que no da motivos, ¿cómo ha de pensarse que es pasto de críticas y falsos testimonios?

Pero la polvareda cundía; la polvareda era cada vez más densa; la polvareda llegó hasta los pueblos inmediatos, hábilmente transmitida por los propios inventores de la calumnia... Y se dió el caso de murmurar un calificativo soez cuando Ju-

lieta y Leonardo pasaron juntos, al salir del rosario, frente a un grupo de mozos, y hasta hubo uno de ellos que, clavando en el médico una risita cazurra, soltóle en plena cara una frase grosera, de doble intención. Pero Leonardo, ignorante de cuanto sucedía, ni pensó siquiera, que, risa y palabras, fuesen dirigidas a él.

Además, embaído en su coloquio con la novia, no pudo recoger la salpicadura del cieno, porque andaba más cerca del cielo que de la tierra.

Cuando la Anastasia, que fue muda espectadora del lance, se lo relató aquella noche a Gironés, comentó un tanto socarrona:

—Me parece que has trabajado en balde, porque ni tu hijo ni ella se enteran.

—Ya, ya se enterarán, descuida—aseguró con una risa mala y cruel Salvador Gironés.

¿Qué nueva infamia meditaba aquel energúmeno?



prendió la ruta hacia el pueblo. Los malos tragos, pasarlos pronto. Tambaleándose llegó a casa del cacique y le halló en el patio sentado en una mecedora embaulando el desayuno mientras Toneta limpiaba el zaguán. Sin hacer alto en la presencia de la doméstica, la mujer rompió a hablar sin preámbulos, con la precipitación de quien desea terminar pronto.

—¿Ya sabes lo que hay?

—¿Qué?

—¿Aún no te llegó la noticia? Se conoce que el cartero no ha repartido aún, porque él es quien la trae.

—¿Qué noticia?

—La Pura y Nelet...

Salvador se levantó de un salto como un león, derramando en su precipitación el tazón de leche y volcando el azucarero sobre las magdalenas de la bandejita.

—... que han hecho la pasada del choto esta mañana al amanecer.

Una blasfemia silbó como un rugido en los labios de Salvador.

—¡Me lo estaba pensando hace días!

Por un momento, le vinieron ideas de aplastar a la idiota de la vieja como a un gusarapo; pero, Salvador Gironés no sería el hombre inteligente que hemos conocido nosotros, si en aquel momento crítico no hubiese pasado rápidamente el pro y el contra de sus violencias respecto a la cómplice de sus gatuperios, y revisitiéndose de una diplomacia astuta, no hubiese pasado la mano por el asunto sin echarle en cara su falta de vigilancia. Apretó

caso. Recogí la correspondencia y aparejé la bu-
rra..., lo cual que me la he dejado en el Meco con
una herradura de menos. Siempre pasan cosas.

—Siempre—asintió vagamente la Anastasia, más
lejos de la vida a cada minuto que pasaba.

—¡Y quién había de pensar, Señor! . Cuando yo
subía la cuesta de Matagatos, me oigo los pasos de
una caballería de aire y de poder que subía al trote
por detrás de mí.

—¿Cómo?—adivinó súbitamente la arpía.

—Corriendo, sí, señora. El macho bayo de Ba-
tiste de la Morera y Nelet y la Pura muy bien mon-
tados a la grupa.

—Quita, quita...; eso son andróminas tuyas...

—¿Andróminas mías? Ya se lo dirán a usted de
misas; en el Rebolcat deben estar ya, al paso que
llevaba el macho.

—¿Y adónde van esos brutos?

—¡Yo que sé! Eso es cuenta de ellos. Conque
ya puede usted ir a darle el parte a Salvador de la
Plaza.

La Anastasia, anonadada por el golpe, no halló
réplica; que la Pura se hubiese escapado, malo era;
pero que se hubiese escapado con Nelet de la Mo-
rera, era mucho peor. El correo, indiferente al es-
tupor que se pintaba en el semblante de la vieja,
dejó caer como gota de hiel su risita cazorra, y en-
zarzando una melosa despedida desapareció por la
más próxima calleja. Tocaba lentamente el primer
toque a misa. La Anastasia, como el que llevan a
galeras, se alzó de la piedra; las piernas le tembla-
ban y todo daba vueltas en torno suyo. Con un es-
fuerzo meritorio de voluntad se hizo fuerte y em-

CAPITULO XXVI

La del alba sería...

CUANDO sonaron las primeras campanadas del
«Ave María», la Anastasia se despertó brusca-
mente. Habiale parecido experimentar una cierta
sacudida interior, algo así como presentimiento o
aviso de un peligro. Desperzó sus miembros es-
queléticos sobre el colchón amplísimo, asentado
encima de un jergón clásico de perfolia de maíz, y
bajándose de la altísima cama de banquillos y ta-
blas, con una serie de minuciosas precauciones,
puso los pies en el suelo y comenzó a vestirse sa-
yas y refajos, mientras rezongaba confusas oracio-
nes y rezos. Por el postigillo del balcón, que se
dejaba entornado todas las noches, entraba la di-
fusa claridad del alba, y el canto armonioso y ale-
gre de los pajarillos, era júbilo y gozo en este ama-
necer de las frondas, de los regatos y de las mon-
tañas. Se asomó, metiendo las narices por el posti-
go, aquellas narices típicas de bruja o de arpía, que
parecían una capuchina de apagar cirios, y que da-
ban a su cara aquel especialísimo matiz de astucia
y de doblez. Por los senderos que cortaban el
valle como sierpes blancas, el paso de los labrie-

gos no levantaba aún volutas polvorientas, ni en todo el contorno se oían más rumores de vida que el lejano tintineo de las esquilas de dos o tres rebanos que reptaban las lomas y los *tosales* fronterizos. La Anastasia se desesperó gruñendo. Aún hubiera podido dormir un par de horas más. Desde que Salvador la convirtió en guardián y vigilante de la Pura, la Anastasia dormía con un ojo abierto, sin tranquilidad y sin sosiego.

Murmurando y dando tropezones, sin ver claro, porque las lagañas le pegaban los párpados, bajó las escaleras, barriendo con los deshilachados flecos de sus sayas los grises escalones de pizarra. En la cocina se lavó la cara en un desportillado barreño, secóse con un *manil* de saco, ya muy manido, y aprestóse a cargarse sobre la cabeza una *ferrá* de ropa, con la idea de lavarla antes de que Pura, que se solía levantar allá a las ocho, estuviese en pie. Así, fuera de que mientras ella estaba en el lavadero, Pura y Nelet se hicieran carantoñas y señales desde la casa a la calle. Cargada con la *ferrá*, traspuso el vestíbulo.

De pronto quedó parada como una estatua en el centro del zaguán, con los ojos enormemente abiertos por la sorpresa y el pasmo. Rápidamente, dejó en el suelo su carga y avanzó hacia la puerta de la casa, cuyo postigo, abierto, parecía dibujar en la adustez del vestíbulo una sonrisa irónica.

—¿Cómo demonios está abierta esta puerta?— balbuceó estupefacta.

Ella la había cerrado con dos vueltas de llave al anocheecer del día anterior, como todas las noches desde que vigilaba a Pura, y luego se había metido

garse el sudor con un gran pañuelo a cuadros. Una malicia cruel rebosaba de sus cjiillos grises..., ojos de lobo o de chacal, espejos de un alma falsa y traidora que en esos momentos gozaba con el espectáculo de una tragedia que adivinaba. Por nada del mundo se hubiese callado él la mala noticia que traía... ¿Y el gusto de ver patalear a aquella mala bestia de la Anastasia y de coccicar al otro potro bravo de Salvador el de la Plaza que lo hacía muy bien con el animal del cartero y muy mal con él? —Creí que estaba usted esperando a la Pura— insinuó seccarrón.

La vieja le miró un tanto recelosa y un mucho angustiada; pero, disimulando, contestó desabridamente:

—La Pura está durmiendo muy tranquila.

—¿Si, eh?... ¡Hágase usted de nuevas! Ya sabe usted de sobra que la Pura a estas horas ni está durmiendo ni está tranquila. ¡Je!

La Anastasia no podía ponerse pálida por la sencilla razón de que su color ordinario era un verde terroso, pero los labios sí que se le quedaron blancos y por los ojos pasó un fulgor sombrío de pavor y de agonía.

—Mire usted; cuando yo pasaba para la plaza a sacar la correspondencia del buzón, he sentido *furgar* en el postigo de casa de D. Julián.

—¿Por dentro?

—Por dentro abrían con llave... ¿No era usted?

—No era yo...—murmuró casi sin voz la mujer.

—¿Conque no era usted?... Yo pensé si es que se irían usted y la Pura a coger el coche del Mecco para ir a Alcoy. Porque, ¡a esas horas!... Y no hice

en Alicante o en Valencia si sus escasos ahorros le habían permitido el lujo de poder viajar, y una vez allí... ¿quién sabe? Tal vez pensara en colocarse de sirvienta en cualquier casa para pasar el hambre por de pronto. ¡La sobrina de D. Julián! ¡Qué escándalo! Y el caso es que ella debía darle cuenta inmediatamente a Gironés de lo que sucedía, para que éste tomase sus medidas a fin de detenerla antes de tomar el auto de Alicante o el tren para Valencia, si aún era tiempo. Pero ¿quién se ponía delante de aquella fiera de Salvador de la Plaza?

Ganas le daban también a la Anastasia de huir a lejanas tierras, de ponerse a salvo de la cólera de Gironés; pero la detuvo muy oportunamente el pensamiento de aquellos duros prometedidos, que sin duda iba a perder si tomaba las de Villadiego.

Comenzaban a transitar los labradores y las bestias por los caminos, y afluían las mujeres con sus cargas de ropa al cercano lavadero, lanzando al pasar una mirada atónita a la vieja que, sentada en su piedra, parecía mirarles sin verles y contestaba sin expresión a su saludo afable, como un sér automático desprendido de la realidad que se moviera a impulsos de ajenas sugerencias bajo la influencia de un sueño de hipnotismo.

—Buenos días, tía Anastasia. ¿Qué hace aquí tan desocupada?

Sorprendida bruscamente por la repentina pregunta, la mujer respondió con expresión sarcástica:

—¿Que qué hago? Tomar la fresca.

Delante de ella, el peatón, con la valija a cuestas, respiraba un poco jadeante por la fatiga de la última cuesta y aprovechaba la parada para enju-

la llave en la faltriquera, y cuando se fué a dormir había puesto la faltriquera debajo de la almohada. Y ella tenía el sueño ligero para que se la quitasen sin sentirlo... Se alzó la saya vivamente, y sobre el refajo colorado, pintóse la mancha clara de una faltriquera de tejido; su mano, sarmentosa y esquelética, hurgaba con precipitación febril en los senos profundos del bolsillo. Salió un viejo rosario de naranjitas de Benaganim, un carrete de hilo, un dedal, un alfilerero... tres o cuatro almendras rancias de hechuras caprichosas... una bolsita minúscula, con una avellana rellena de azogue, para servir de talismán contra la erisipela; unas perras enmohecidas, dos o tres medallas... y nada más. La llave, enorme, pesadísima, verdadera arma defensiva, no estaba allí. Indudablemente su sueño sería muy ligero; pero, pese a su ligereza, una mano hábil había sustraído la faltriquera de debajo de su almohada, hurtando de ella la llave para abrir el postigo. Se acercó con pismo y temor crecientes...

La llave estaba allí, efectivamente, puesta en la cerradura. La persona que había tenido la audacia de abrir el portalón no trataba de ocultar sus acciones, ni de borrar las huellas de sus pasos...

Una idea súbita la sacó de quicio y puso un temblor nervioso en sus miembros de acero; tornó a subir las escaleras jadeante, pisándose las faldas, cayendo, levantándose, con una precipitación absurda que movía a risa; cruzó su propia habitación desierta y entró en la sala contigua donde dormía Pura. De un tirón apartó la blanca cortina del balconcillo y abrió de par en par las maderas. Todo estaba intacto y en el mayor orden; únicamente la

cama revuelta y deshecha daba fe de las horas tormentosas que en la impaciencia de la espera pasó en ella la moza. La Anastasia dió un grito estridente y horrendo.

—¡Purall! ¡Purall!

El pájaro había volado. Por primera vez en su vida, aquella mujer cínica y serena, digna cómplice de Salvador Girorés, perdió el aplomo y la seguridad en sí misma. A grandes voces comenzó a llamar a la doncella encomendada a su custodia; buscóla con ansia febril bajo las camas, dentro de los armarios, en los porches atestados de chismes, en el sótano repleto de tinajas ochentonas de aceite, en los gallineros, en las cuadras, hasta en la balsita del jardín...

Inútil. Pura, harta de sufrir el encierro y las arbitrariedades y las injusticias de unos y de otros, había sacudido las alas, y a la del alba sería... emprendió sin duda un vuelo, el primero, que sabe Dios a qué lejanas y desconocidas regiones iba a conducirle.

Desatentada, la Anastasia se lanzó a la calle sin siquiera cuidarse de cerrar la puerta, ni de recoger la ropa sucia desparramada en el zaguán. A las horas que eran, y dado el caso de que la ausencia de la chica no fuese una huída en forma, sólo había que pensar que estuviere en tres sitios: la iglesia, el lavadero o la fuente. Primero pensó en la iglesia; casualmente era primer viernes de mes y ella tenía costumbre de comulgar ese día. Con esto cobró algunos ánimos y se encaminó a la parroquia que desde el Angelus estaba abierta. Púsose el pico del delante a guisa de mantellina y entró.

Una quietud de fervor y de reposo místico ponía suavidades en el alma; por las ojivas encristaladas de colores de la media naranja, entraban los indecisos resplandores de la aurora; dos cirios ardían en el altar de San Blas en cumplimiento de devota promesa; más allá, en lacapilla de la Comunión, se sentía el rumor de unos rezos... La Anastasia, anhelante, entró sin lograr distinguir más que unos bultos informes... Cuando se acostumbrió a la penumbra, advirtió a unas cuantas devotas arrodilladas cerca del confesionario donde se destacaba confusamente la paternal silueta de D. Bartolomé, en pacienzuda audición de miserias y amarguras. Desolada, la vieja miró en torno con ojos de loca; no, no quedó rincón que ella no escudriñara.

Y de allí salió llevándose la convicción de que Pura no había traspuesto los umbrales de la iglesia en aquella memorable mañana.

Sin saber ya lo que se hacía y sin atreverse a preguntar a nadie, temerosa de que la noticia llegase a oídos de Salvador, avizoró en el lavadero y en la fuente, sin resultados satisfactorios.

Con el cerebro atontado y un gran pánico dominiándola, sentóse a la salida del pueblo sobre una piedra, a la sombra de un álamo corpulento. Ni fuerzas tenía para reflexionar. La atenazaba el terror cada vez que pensaba que tendría que presentarse delante de Salvador y darle cuenta de la fuga de Pura... ¿Dónde podía haberse ido aquella condenada criatura?

A ella le constaba que no tenía amigos en ninguno de los pueblos vecinos donde refugiarse al amparo de su hospitalidad; todo lo más, podría estar

Consejo.—No os metáis nunca alfileres en la boca; un estornudo, una carcajada, cualquier descuido puede hacer que lo traguéis, y el extraerlo exige una operación dolorosísima, produce una enfermedad, tal vez la muerte. Se han dado casos en los niños, muy lamentables.

Resumen.—Ahora escribiremos en el encerado, debajo de la inscripción y el dibujo, este resumen, que todos copiaréis después en vuestros cuadernos respectivos y que yo he de revisar más tarde.

El alfiler es un cuerpo metálico, duro, brillante, que tiene punta y cabeza.

La cabeza del alfiler es redonda, el cuerpo recto y la punta aguda.

El alfiler sirve para mantener unidas provisionalmente las telas.

Hay fábricas de alfileres que los producen a millones: por eso son tan baratos.

Cuidemos mucho de no meternos alfileres en la boca: ello puede traer muy malas consecuencias, no lo olvidemos nunca.

A TRAVÉS DE EUROPA

IV.—La Catedral de Estrasburgo.

Líbreme Dios de intentar una descripción de esta Catedral magnífica. Estas notas, escritas al correr de la pluma y del tren, son simplemente impresiones fugaces de un viajero curioso. Y la primera impresión que sentimos al contemplar la fachada de este monumento, es de admiración, por la abundancia de estatuas, de calados en la piedra, de columnas y adornos. Es un trabajo admirable por dos razones: por su propio valor y por su perfecta conservación. Aquí se hace a diario, incesantemente, una labor concienzuda de restauración.

La Catedral sufrió las consecuencias de la guerra franco-prusiana de 1870. Cerca de doscientas mil granadas lanzaron los alemanes sobre Estrasburgo, y algunas tocaron la torre y causaron desperfectos, pero por ninguna parte hallaréis las señales.

Adosado a la Catedral existe un taller donde canteros y escultores trabajan a diario

preparando materiales para sustituir a los que se deterioran.

La Catedral actual tiene cerca de cuatrocientos años de existencia, pero muchas de las estatuas que adornan sus fachadas tienen solamente unos cuantos años. Se conserva el estilo, la factura, en cuanto es posible, pero se atiende a remediar los estragos del tiempo y de los hombres. Para nosotros esto encierra una lección en monumentos y en otras muchas cosas. Dejamos, impasibles, que transcurra el tiempo sin hacer nada, y queremos remediar el daño cuando ya está demasiado avanzado. Así en todo.

La segunda impresión que experimentamos, al entrar en la Catedral, es de sorpresa: la nave central, amplia, luminosa, elevada, no está cortada por el coro fastuoso, como en nuestras catedrales. Falta esa parte importante que tantas riquezas artísticas encierran en España. Pero esa falta permite apreciar mejor las líneas elegantes del edificio y contemplar las hermosas cristalerías. De ellas nos dicen que miden unos 1.500 metros cuadrados de superficie con más de 50.000 trozos de cristal artísticamente ensamblados. Durante el bombardeo de 1870 fueron rotos 1.221 de estos paneles, que han sido reconstruidos.

Subimos a la torre. La ascensión es un poco fatigosa. Una escalera de caracol, estrecha, empinada, sin descansos, con 330 escalones altos, nos deja en la plataforma. Para entrar hemos pagado la cuota establecida. Desde la plataforma, a unos 70 metros de altura, contemplamos Estrasburgo y sus alrededores a vista de pájaro.

Es un panorama admirable. La ciudad está a nuestros pies y seguimos con la vista las arterias principales, y las torres, y vemos las muchas chimeneas de fábricas, lanzando humo, y, a lo lejos, el Rin y el puerto.

A nuestro lado, en la misma plataforma, hallamos una tienda con tarjetas postales, libros acerca de la Catedral, objetos de recuerdo, etc. Hay también mesas para escribir, hay un buzón y hay amplios retretes con agua corriente.

Todo invita a permanecer en este mirador admirable y a dejar unas docenas de francos. Es la industria, que sube persiguiendo al viajero y no respeta ni las catedrales.—A.

DIDACTICA PEDAGOGICA

por D. Ezequiel Solana.—602 páginas, cinco pesetas.

PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA IMPRENTA EN LA ESCUELA

El I Congreso Internacional de la Imprenta en la Escuela, abierto a las diez de la mañana del día 4 del mes de agosto último, se reunió en la «Salle du Manège» de Tours (Francia) durante los días 4, 5, 6 y 7.

Han acudido al mismo gran número de los Maestros y Maestras que utilizan la imprenta, y una cantidad considerable de simpatizantes y adherentes representando a algunas naciones (Rusia, Bélgica, Francia y España), y a un respetable número de departamentos de Francia (Aisne, Alpe-Maritimes, Bretagne, Cantal, Deux-Sèvres, Finistère, Gironde, Haute-Savoie, Hautes-Alpes, Indre, Indre-et-Loire, Isère, Loire-et-Cher, Loiret, Lot-et-Garonne, Nord, Oise, Pyrénées-Orientales, Saone-et-Loire, Sarthe, Seine, Seine-Inferieure). Las Escuelas de Francia y de otras naciones que tienen implantada la imprenta escolar, pero que, por diversas razones, no pudieron acudir al Congreso, remitieron su entusiasta adhesión y detalladas relaciones exponiendo los resultados obtenidos y destacando entre las ventajas del sistema las de carácter social y pedagógico.

Contribuyeron a su mayor animación el haberse celebrado días antes y en el mismo local otros dos Congresos: el «Congrès des Groupes de Jeunes de l'Enseignement» y el «Congrès des Groupes Féministes de l'Enseignement» y, simultáneamente, el «Congrès Fédéral de l'Enseignement», muchos de cuyos delegados asistieron como oyentes a las sesiones del «I Congrès International de l'Imprimerie à l'École».

* * *

La primer jornada la destinamos a revisar la evolución experimentada por la nueva técnica en los diversos países y Escuelas durante este último curso, principalmente, y los excelentes resultados por todos obtenidos con la imprenta escolar, como se hizo presente por medio de las diferentes conferencias dadas por los representantes que utilizamos la imprenta, por la lectura de los escritos recibidos de los compañeros que no han venido al Congreso y por la de las actas de los Inspectores en los correspondientes libros de visitas. Esta labor, de suyo intensa, fué del todo provechosa y muy amena.

Durante el segundo día, recordando nuestra propia experiencia, discutimos las dife-

rentes maneras de aplicar la imprenta en los distintos grados de la enseñanza primaria, bien utilizando el método Freinet, exclusivamente, ya como complemento de otros. Es tan útil y tal la novedad para los alumnos el ser ellos mismos los autores y editores de sus libros de lectura y de estudio, que se hace indispensable otro género de trabajo y una actividad distinta de la hasta hoy desplegada. Sus ventajas han de ser, naturalmente, mayores si su aplicación conviene a todos los grados de una Escuela, cualquiera que sea el método en ella aplicado, que si fuera incompatible con todos o con algunos de ellos.

Ese mismo día ventilamos lo relativo al intercambio escolar, y se discutieron con gran cariño las dos cuestiones por mí planteadas sobre el intercambio escolar internacional o entre Escuelas del mismo país, aunque de distinta lengua, por ser no sólo factible, sino muy provechoso, por permitir a los escolares aprender sin esfuerzo otro idioma, nacional o extranjero, distinto del oficial de su país; y la otra sobre la organización de la Inspección de Primera enseñanza de las Escuelas que tengan adoptada la imprenta, siempre más racional y fructífera que la actual.

Al día siguiente examinamos con toda atención el material de imprenta que hasta la fecha se ha utilizado en las Escuelas, y, expuestas sus ventajas e inconvenientes, según la experiencia hecha por cada cual, acordamos las modificaciones que necesariamente precisa introducir, así en los elementos accesorios como en la misma prensa, cuya disposición y funcionamiento han de ser mucho más sencillos con el modelo presentado por Freinet, y las modificaciones de detalle que habrá de sufrir, que con «La Lino» de la casa CINUP, de Boulogne (Seine), que tantos servicios ha prestado hasta la fecha, por haber sido la adoptada por todos para verificar la experiencia. Se fijaron ciertos modelos de tipos, fundamentalmente verticales, que deben usarse, y los cuerpos más apropiados para cada uno de los grados de una Escuela.

El último día nos ocupamos especialmente de los formatos de los impresos escolares, con objeto de uniformar los que constituyen el trabajo diario de clase, y los que hay que

remitir a «La Gerbe», primer revista infantil enteramente compuesta (texto e ilustraciones) e impresa por los niños.

También tomamos importantes acuerdos acerca de la organización y vida económica de la «Coopérative d'entr'aide pédagogique», que constituyen todos los Maestros que utilizan la imprenta en sus Escuelas, y sobre sus ediciones: «La Gerbe»; los extractos que de ella merezcan ser publicados aparte, para que se vayan conociendo fuera de la Escuela las originalísimas obras que, de un modo tan espontáneo, escriben los niños, gracias al empleo de la imprenta, y su boletín mensual «L'Imprimerie à l'École», donde se da cuenta del movimiento pedagógico iniciado con el uso de la imprenta escolar, de los resultados que se van obteniendo, de las diversas iniciativas que surgen con su empleo y de cuanto pueda relacionarse con el desenvolvimiento de la nueva técnica.

Por la noche dió una interesantísima conferencia, de carácter práctico, M. Célestin Freinet, para iniciar a los novicios en el uso de la imprenta. La han ilustrado elegantes pruebas de una improvisada composición, con sus correspondientes viñetas, y la proyección de una película demostrativa del trabajo de sus alumnos, de cinco a nueve años, de la Escuela de Bar-sur-Loup (Alpes-Marítimos, Francia), y, por consiguiente, de que pueden servirse de la imprenta los muchachos desde cualquier edad.

A las doce de la noche, próximamente, quedó clausurado el Congreso, después de unos días de laboriosas sesiones, en que no se ha hecho el menor alarde de oratoria, ni académicos, y en que todo se ha desenvuelto en términos de la mayor confraternidad. Guardaré muy gratos recuerdos de tan amables compañeros. He contraído verdaderas amistades y el principio de una afectuosa relación con algunos Maestros frecuentemente ignorados o mal conocidos.

* * *

En el salón de sesiones del Congreso se expusieron, durante su celebración, diferentes trabajos de los niños de varias de las Escuelas que utilizan la imprenta (dibujos, trabajos manuales, manuscritos, impresos, melodías y poesías arregladas para cantos escolares, herbarios, etc.), o ideados por modestísimos Maestros, que no cejan en buscar los mejores resultados a sus enseñanzas, y hacen de su profesión un verdadero sacerdocio (folletos, obras impresas, diapositivas sobre papel transparente, cantos escolares con letras propias o de los niños y música extraída de

obras maestras; colecciones de tarjetas postales, de fotografías o de fototipias en distintos tamaños, para la enseñanza intuitiva de las ciencias aplicadas, de la Historia, de la Geografía, etc., etc.; nuevos métodos para la educación de los sentidos, de la lectura y de la escritura, etc.); diversos clisés para la ilustración de los textos infantiles, confeccionados por los mismos niños, entre ellos el originalísimo modo cómo lo ideó M. Léroux, Maestro de la Neuville (Sarthe), con el simple recortado del cartón, dibujado de antemano, que se pega luego sobre un trozo de madera; diferentes ejemplares de «La Gerbe» y del primer extracto de dicha revista infantil, publicado aparte; varios números del boletín «L'Imprimerie à l'École», y los dos modelos de imprenta: «La Lino» y el presentado por Freinet.

* * *

Desde el primer día destinamos las horas libres a visitar la ciudad, sus antiguos monumentos, sus construcciones artísticas, sus parques y sus museos, distribuidos en pequeños grupos y según itinerario que nos tenían trazado los Maestros de la localidad.

El día 5 por la noche, en la «Salle Bailly (Trianon)», asistimos a una variadísima velada organizada por los «Groupes de Jeunes de l'Enseignement», bajo la dirección de los compañeros de Deux-Sèvres. Se dió un bonito concierto polifónico y de piano; se representó por primera vez un drama escrito por un Maestro, y a media noche se transformó el local, donde presenciamos la triste escena, en un deslumbrante salón de baile, que duró hasta las cinco y media de la mañana. Espectantes y espectadores éramos todos Maestros, sin más elementos extraños al Magisterio que la precoz pianista, Mlle. Réjane Leclercq, alumna del Conservatorio, y la orquesta «Samain».

Durante los días 8 y 9 se efectuaron dos excursiones, organizadas por los Maestros de Indre-et-Loire, para visitar gran parte de los famosos castillos de la Touraine (los más importantes de los valles del Cher, del Indre y del Loire: Villandry, Azai-le-Rideau, Chinon, Ussé, Langeais, Luynes, Loches, Chevalanceaux y Amboise); las hermosas selvas de Chinon, Loches y Amboise, y las renombradas bodegas de Chinon y Vouvray. Los compañeros de Loire-et-Cher tenían dispuesta otra, que se celebró al día siguiente (miércoles 10), para ver los castillos de Chaumont, Blois, Cheverny y Chambord.

MANUEL J. CLUET

LA PRENSA Y LA ESCUELA

Decididamente, en el resurgir de nuestra vida nacional, parece haber llegado la hora, tan deseada, de las grandes reivindicaciones de la Escuela, cuyos altos valores y positivas eficacias, aunque a veces se confundan e interpreten, jamás pueden ser negados. Buena prueba es de ello la construcción de edificios «ad-hoc», dotados de moderno material que permite una enseñanza más racional, pues sustituye con ventaja todo lo arcaico, cuanto jamás respondiera a ideales pedagógicos como asimismo las pruebas de aptitud, cada día más sólidas, exigidas al Maestro en el ejercicio de su función augusta.

Tal evidencia obliga a reconocer, con íntima satisfacción, que en los problemas escolares se inician orientaciones y marcan rumbos de suma transcendencia para el futuro. Mas este movimiento renovador de suyo tan importante como decisivo, no produciría tan consoladoras esperanzas, tan gratos optimismos a no ofrecer un nuevo aspecto de supremo interés que, por sí solo, constituye la clave más acertada para la definitiva solución que demandan, ha tiempo, los problemas de la cultura.

La nueva fase de esta aludida renovación nos la ofrece la Prensa actual, ocupándose, con desinteresado altruismo, digno del mayor encomio, de las cuestiones pedagógicas, tan olvidadas, sacándolas con singular acierto del esquivo círculo de los profesionales al vasto campo de la opinión pública, donde, con su poderosa fuerza de divulgación, cual suave corriente, va comunicando dinamismo y entusiasmo a los diferentes sectores, creando así el ambiente benefactor de que tan necesitada sintióse siempre la Escuela, causa de la más firme prosperidad nacional.

Sin duda, por esto, *El Castellano*, diario toledano, siguiendo el ejemplo de otras provincias, sin olvidar que todo noble anhelo es cual simiente divina que, nutrida con el abono de nuestros propios sacrificios, germina y fructifica en abundante cosecha de prosperidades, inaugura recientemente una página semanal en pro de la Escuela, que le nace acreedor, como adalid de los más excelentes ideales, al público agradecimiento.

Las campañas culturales tan provechosas, que tanto dignifican y enaltecen a la Prensa, tendrán la valiosa eficiencia de sacar de su lamentable abstracción a cuantos indiferentes y escépticos, en materias educativas, olvidan los beneficios de la instrucción y nie-

gan todo apoyo a las necesidades de la enseñanza, quienes al abdicar de sus pasados errores, cual otros Saulos, en el camino de Damasco, convertiranse en defensores entusiastas de la Escuela, en sus más esforzados paladines. Pero donde los persuasivos esfuerzos de la Prensa rendirán su máxima eficacia será en la masa popular, en ese sector social tan numeroso como desconocedor en absoluto del sentido y valor exacto que envuelven los vocablos: Cultura, Educación, Escuela..., emblemas de los más altos valores espirituales.

Comprendido lo bastante las excelencias de la verdadera cultura y sus maravillosos efectos, cuando, desterrado el falso concepto de educación, deje de ser un secreto para muchos que ésta proporciona al individuo el saludable equilibrio que reclama su triple constitución y que, por tanto, en el aspecto físico traduce sus preceptos higiénicos en fuerza muscular, agilidad y robustez que representa salud y aptitudes para el trabajo, que son manantiales de inagotables satisfacciones, que en la parte intelectual prepara las facultades, con metódicos ejercicios, por la claridad en las ideas y elaboración en los más exactos juicios que, al ahuyentar toda sombra de error, deje paso a los vivos resplandores de la verdad contra posibles extravíos y repugnantes aberraciones y que, por último, en el orden moral, siembra la virtud, en el fondo del corazón, sin mezcla alguna de hipocresía e inculca sentimientos religiosos exentos de ridículos fanatismos y supersticiones, cuando se conozcan todas estas verdades fundamentales de la Educación y que la Escuela es el laboratorio de tales especialidades si, al efecto, se le dota de los necesarios elementos, entre los cuales no es el menos importante el interés ciudadano, por conocer tales cuestiones y la entusiasta y decidida cooperación a su desarrollo y progreso, cuando, en una palabra, la Prensa, con su eficaz colaboración, desvanezca la nebulosa que impide conocer a tantos la obra grandiosa de la Escuela, para ésta serán entonces los más caros entusiasmos, las más firmes esperanzas. ¿Ilusión, quimera?...

Y cuando los escépticos e indiferentes exclamen con Julio Simón: «Los pueblos que poseen las mejores Escuelas son los primeros, si no lo son hoy, lo serán mañana», el Maestro, entusiasmado de fe en el porvenir, podrá con justa verdad glosar al general Leiniwt: «Dadme la Escuela y transformaré el mundo».

J. CAMARA ABELLAN